

Tres experiencias del Japón

Mis inicios con el idioma japonés o la cultura japonesa tienen poco que ver con el anime, las artes marciales, la historia japonesa o los múltiples e innegables aportes de este pueblo en cualquiera de las esferas del conocimiento humano. Comencé al inicio de mis veintes, a una edad en la que, con mi madurez por debajo del promedio, no hubiese podido entender de todas formas el peso del Japón en el mundo. En mi caso, las cosas fueron más simples. Debía conocer a una sola persona. Bastaba iniciar con la calidad humana y la idiosincrasia japonesa condensada en alguien que, al convidar de su existencia conmigo me motivó a dar a luz a una avidez no solo por el conocimiento del idioma y las costumbres, sino también a la habilidad de utilizarlo para comunicarme. Así que, conocí a mi maestra de japonés, cuya amabilidad me permitió conocer de los matices de la cultura japonesa de primera mano.

No pasó por mi mente en ningún momento, que llegaría al punto de ser invitado a Japón en más de una oportunidad por mi capacidad en la lengua japonesa. En septiembre del año 2007 pude participar del programa para estudiantes sobresalientes en Osaka, junto a otras casi setenta personas de todas partes del mundo. Llegar a Japón por primera vez, bajarte de ese avión, y ver que las migajas de japonés que llevás dentro funcionan, es una de las experiencias que uno nunca olvida por más que pase lo que pase.



Cuando fui entrevistado en la embajada, me preguntaron qué pensaba hacer en Japón y cuando volviera de Japón. Mi respuesta fue que, al llegar, quería conocer más y más de Japón, ir a lugares, probar su comida, aprender un poco de kansai-ben, conocer gente, traerme un poco de Japón conmigo. También dije que al volver quería convertirme en un profesor de idioma japonés para ayudarle a los demás a experimentar Japón. Y así fue que resulté elegido y pude participar en el programa. Ahí conocí personas como yo y personas mucho mejores en el dominio del idioma. Lejos de sentirme mal por no saber tanto, me sentía más que inspirado a llegar a alturas en las que veía a otras conversar y moverse en un Japón que todavía era intimidante a pesar de todo. Pude ir



a Tōkyō, Ōsaka, Kyōto, Nara, Hiroshima, y más lugares; tuve la oportunidad de navegar Japón por aire, tierra y mar; ir a museos, restaurantes, templos; tuve oportunidad de hacer homestay y de aprender cultura japonesa en un centro en el que más maestros del idioma japonés desbordaban la misma calidez y calidad humana que un día conocí en la Universidad de El Salvador. Recuerdo que el único día libre que tuve, lo tuve en Tōkyō. Casi todo el mundo tomó rumbo hacia Akihabara o lugares similares; por mi parte, con un bolsón bien puesto en mi espalda y mis audífonos acompañándome desde antes de que me diera cuenta, partí con rumbo a Nikkō.

A Yoshikosan, mi primera maestra de japonés, súbitamente el teléfono le iba a hacer escuchar la voz de alguien quien en un intervalo de seis meses fue su alumno en El Salvador. Fue entonces que le dije que le estaba agradecido por enseñarme algo más que simples palabras en japonés. Yoshikosan estaba en Nikkō, me dijo - ¿Si tiene tiempo, puede venir acá? - A la mañana siguiente estaba en el tren rumbo al norte, a Tochigi. Nunca voy a olvidar lo alegre que estaba de saber que uno de sus alumnos pudo llegar y pasar tiempo con ella, por primera vez completamente en japonés. Al igual que a ella le debo mucho a otras personas, voluntarios de JICA en la universidad. De igual manera, hay más personas importantes entre los voluntarios japoneses en El Salvador a quienes debo muchísimo. Al regresar, simplemente quería seguir aprendiendo y llenándome más de conocimiento del idioma y de la cultura japonesa, sin saber que un día, volvería a Japón.

Fue en el invierno de 2018 que llegué por segunda vez. Esta vez, luego de tener un par de años impartiendo clases del idioma, pude participar en una capacitación para profesores de japonés en Saitama. El objetivo del programa era hacer que los maestros aprendieran del estándar japonés, de la importancia de la preparación, de cómo afrontar las necesidades de los estudiantes y de cómo deben ser evaluados los estudiantes dependiendo del contexto y las necesidades en las que estos se encuentran. Recuerdo que, conversando con mi maestra, Ōfuno san, quién resultó también ser una persona inspiradora, aprendí que es más importante ser un buen maestro que dé resultados, que ser muy proficiente en el japonés; muchos son buenísimos con el idioma, pero no tantos son buenos maestros. Supongo que lo importante es tener de los dos y saber mantener el equilibrio.



Después de años de seguir estudiando japonés, volver a Japón con ojos distintos fue una sensación inquietante. Hay un punto hasta donde se puede comprender la cultura de un pueblo sin saber su idioma. Así mismo, es pasado de cierto punto que uno puede ver una cultura de forma más clara, solamente cuando se ha comenzado a adquirir su idioma. Participé en una capacitación en la que aprendí mucho sobre cómo los japoneses perciben el aprendizaje del japonés por parte de los extranjeros. Son tantos los colores y las formas de las ideas de los profesores estudiantes del curso cuando unos vienen de Asia, de Europa, de Oriente Medio, de África o de América Latina. Aprendí de todo, y no un poco. Con una madurez superior a la de mi primera llegada, pude apreciar muchas cosas que se me escapaban antes. Sin embargo, en algo no había cambiado, antes ya sabía perfectamente bien, sin ponerlo en palabras, que Japón se experimenta, se vive, no se memoriza ni se captura en pantallas. Fueron dos meses que pasaron rápido, pero para nada fueron cortos en mi percepción. Fue como estar en una historia que no es tuya, el estupor propio del caminar por las calles y las esquinas y los callejones del ambiente japonés, todavía se siente como recordar los atardeceres de la infancia.

Al terminar la capacitación, regresé con más ánimos de ayudar a mis estudiantes a poder experimentar el japonés. Constantemente les recuerdo que se trata de una habilidad, no de conocimiento. Y de todas las cuestiones que probablemente los profesores japoneses pensaron que yo aprendería de ellos, creo que la que mejor me enseñaron sin saberlo es que la única victoria que existe es la de la práctica de todos los días.



De nuevo, por tercera vez, me vi en un avión rumbo a Japón en el 2019. Como las dos veces anteriores, nunca hubiese pensado que iría a Japón, y menos en calidad de algo que no tiene nada que ver con lo académico. Aunque por tercera vez, iba por mi capacidad lingüística, el escenario había cambiado. Esta vez me veía formando parte de un equipo de salvadoreños con la misión de capacitarse en la producción de un tipo de capacitores en una fábrica japonesa. La misión, en principio, era simple: capacitarse en cada paso de la producción de tales

capacitores; estudiar y comprender las máquinas empleadas para tal empresa; trasladar la línea de ensamblaje de Takashima, Shiga a El Salvador; traducir cada manual de operaciones, mantenimiento y reparación, junto con las pantallas de las máquinas; y entrenar a las operarias salvadoreñas que pudieran capacitar a otras al regreso para poder empezar a producir capacitores en el país.

La misión nos demoró unos cuatro meses en Japón y alrededor de dos años en total. Aprendí demasiado de tres cosas: un japonés que no me va a servir de mucho en conversaciones cotidianas en la cena o en un ascensor, la belleza de la vida al oeste del Biwako y la simple belleza que yace fuera del tiempo cuando se camina a orillas del Kamo. Pues, el proyecto se cumplió. Los salvadoreños ahora producen capacitores de resina, el negocio fluye, ordenes son entregadas, y Kansai sigue estando donde siempre ha estado. Hay todavía una cuarta cosa que aprendí: y es que uno puede hacer más de lo que imagina cuando se obliga a hacer lo que nunca pensó que sería capaz de lograr. Aún ahora, el pavor que siempre nos detiene se quiebra a la mínima señal de determinación.



A comparación de otras, muchas personas, no he estado mucho tiempo en el Japón geográfico. No sé hasta qué punto tengo propiedad para hablar de un país, una cultura y un idioma de los cuales no me considero más que un diletante. Sin embargo, de la forma que sea evaluado por la audiencia que sea evaluado, incluso si yo quisiera sacarlo, desembarazarme de Japón, su cultura y su idioma, ya es muy tarde para eso. Verdaderamente agradezco haber podido tener la oportunidad de conocer de japonés en el momento exacto, de conocer a los voluntarios japoneses cuando lo hice y a la embajada de Japón por tomarme en cuenta desde mi primera oportunidad. Más allá de mi persona, el hecho de que he contribuido a que unos de mis estudiantes hayan podido también experimentar Japón significa mucho para mí; el hecho de que hay más a los que quiero ayudar a experimentarlo significa más.